

sustituir su nombre al de sus predecesores. No se sabe cuál es el origen de ese elemento nacional; quizá no fuese sino una clase aristocrática separada de la masa de los súbditos; pero más se cree que se compuso de viajeros procedentes en su mayor parte de la Arabia oriental. Llegando en grupos compactos unos cuatro mil años antes de los tiempos actuales, fundaron gran número de principados en la parte meridional de la Mesopotamia y después llegaron á ser los amos en la Babilonia propiamente dicha¹. Siendo semitas como otros inmigrantes venidos del Norte y del Noroeste, impusieron poco á poco su lengua á los residentes de la comarca. El idioma akkadio se transformó gradualmente en un lenguaje sagrado, hierático, que se continuó empleando en los misterios religiosos, como nuestro latín de iglesia, después de cientos y miles de años de haber cesado de hablarse vulgarmente por los habitantes del país. ¿No son las fórmulas místicas tanto más poderosas cuanto son menos comprendidas? ¿No tienen los amuletos tanta mayor virtud cuanto menos se adivinan sus signos? El akkad era lo menos diez siglos después una lengua muerta que se enseñaba todavía en los seminarios de Babilonia². Usábase para las oraciones, para la magia y para la astrología; en nuestras lenguas se conservan, en cierto número, palabras akkadias, lo mismo que en nuestra mitología han quedado múltiples huellas de su concepción del universo. En cuanto al nombre de Caldeos, se ha perpetuado igualmente, pero fuera de su sentido primitivo, se le aplica históricamente á las poblaciones de la Mesopotamia; en tiempo de los Romanos no tenía otra significación que la de «astrólogo» ó «mago»; ahora se le reserva, en un sentido especial, á una secta cristiana de origen semítico, de la cual existen algunos restos sobre las mesetas del Azerbeidjan y en las montañas de los kurdos.

La notabilísima leyenda de la confusión de las lenguas que se produjo entre los constructores de la Torre de Babel, basta para demostrar cuántos inmigrantes de toda raza se habían reunido en las tierras ribereñas del bajo Eufrates en aquellas épocas lejanas; pero esos elementos étnicos diferentes, sometidos á la influencia preponderante de los Semitas, acabaron por «semitizarse» por completo, como

¹ Hugo Winckler, *Die Völker Vorderasiens*, p. 11.

² Fr. Lenormant, *Les Premières Civilisations*, t. II, ps. 151, 152.

debieron hacerlo los Akkadios, que sin embargo habían gozado durante un largo período de la dominación política y de la iniciativa intelectual. A lo menos seis mil años después, las poblaciones de las riberas del Tigris, en el país de Assur, y los habitantes de la Mesopotamia septentrional se identifican con esta raza de Semitas que acabó por ocupar por completo toda la comarca comprendida entre el país de Irán y el Mediterráneo, entre los montes de Armenia y el océano Indico¹.

Hace cuarenta y cinco siglos eran especialmente Semitas del grupo «cananeo» quienes dominaban en Babilonia, escogida por ellos como capital de toda la comarca. Los nombres de los reyes no dejan ninguna

duda á este respecto². Pero antes que los «Cananeos», otros Semitas vinieron á chocar contra las poblaciones de la Mesopotamia, sin haber conquistado el país: fueron simplemente bandidos, y su nombre Khabiru, en el que se reconoce el de los Hebreos mencionados por la Biblia como los antepasados de los Judíos, parece haber sido sinónimo de «Beduinos». Los Hebreos de aquel tiempo eran pastores nómadas y,



HEBREOS EN TRABAJOS DE SERVIDUMBRE

De un bajo-relieve de Kujundchik.

¹ Hugo Winckler, *Die Völker Vorderasiens*, p. 8.

² *Id.*, *loc. cit.*, p. 12.

como los que les sucedieron en la región y que por otra parte pertenecen á la misma raza, hacían rápidas incursiones en las comarcas ricas y fértiles de la Potamia cuando se les presentaba ocasión favorable. Á la época en que los anales caldeos hablan de esos molestos vecinos, la semitización de los habitantes estaba ya hecha; unas tribus de lengua emparentada con la de los Kabires se habían establecido como dueñas y con residencia fija en el país.

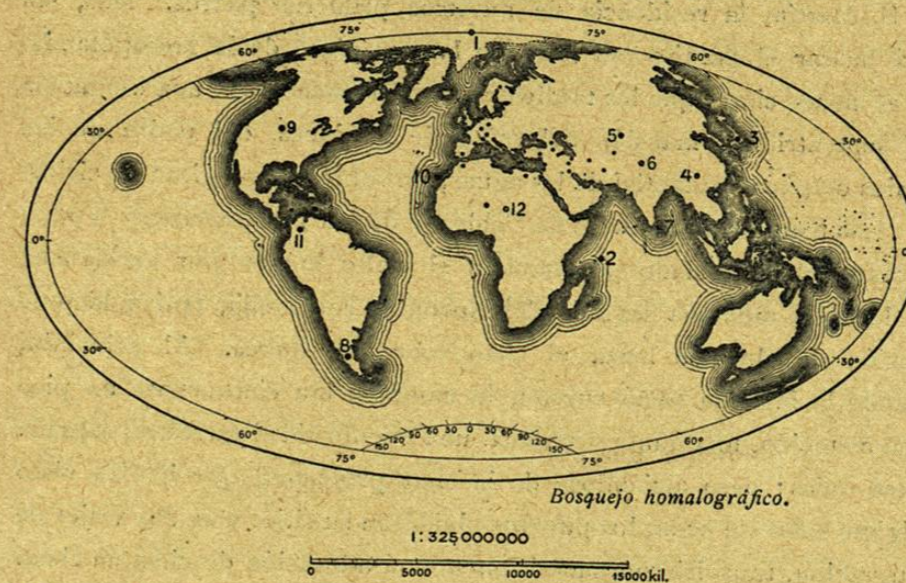
¿De dónde provienen, pues, esos pueblos de Sem que constituían el gran imperio de Nínive y de Babilonia? Acaso este problema sea insoluble, ya que se ignora si los Semitas constituyen realmente una raza única, ó si provienen de troncos diferentes, porque nada permite afirmar que los Asirios del alto Tigris, por ejemplo, y los Árabes del mar Rojo y de la extrema Arabia tengan los mismos antepasados; pero admitiendo que la agrupación de las naciones sea desde el punto de vista genealógico lo que es actualmente respecto del parentesco de los lenguajes, se tiene el derecho de preguntarse de dónde han venido á Mesopotamia los elementos más activos de población y de renovación. Según Sprenger, los Arabes son los Semitas por excelencia y de su península emigraron sucesivamente las diversas agrupaciones, de donde se originaron Asirios y Caldeos, Fenicios y Judíos: ve en todos los representantes de la raza «otros tantos sedimentos árabes separados capa tras capa»¹. Renan, Schrader, Gesenius y de Sarzec exponen en otros términos la misma hipótesis.

Sin embargo, puede también preguntarse si el grueso de las naciones semíticas desciende de la región de los ante-montes y quizá de las montañas de Armenia al norte de las llanuras que recorren los grandes ríos; ¿no es natural buscar un centro de natividad humana en un país rico en manantiales, en terrenos fértiles, en plantas y en animales, mejor que en el árido desierto donde el hombre ha de penar tanto para sostener su existencia? Hasta se ha aventurado una etimología del nombre de Sem, según la cual esta apelación se debería al país de Sim, parte oriental del Taurus armenio, que está realmente habitado por Semitas emigrantes. Esta filiación de términos no está quizá justificada, porque la explicación ordinaria que ve en el nombre

¹ Die alte Geographie Arabiens, p. 293.

de Semitas, como en el de tantos otros pueblos, el efecto de un orgullo colectivo de nación es igualmente plausible; en virtud de esta interpretación, los Semitas serían las gentes de la «gloria»¹, los hombres por excelencia que brillan entre todos los demás como los mejores, los más inteligentes y los más bellos; su nombre sería idéntico al de «Slava», que designa también toda una raza, la que puebla el oriente europeo.

N.º 83. Algunos Paraísos, montañas del Arca, etc.



- | | |
|----------------------------------|---|
| 1. Polo Norte. | 7. Pico de Adam, Ceylan. |
| 2. Isla de Praslin, Seyquelles. | 8. Ciudad de los Césares, Patagonia. |
| 3. Fuzi-yama, Nippon. | 9. ¿Algún pico de la América del Norte? |
| 4. Monte Omi, Setchuen. | 10. Islas Afortunadas, Canarias. |
| 5. Khan-Tengri, Montes Celestes. | 11. Eldorado, Nueva Granada. |
| 6. Meru, Himalaya. | 12. Hadjar Taus, lago Tzadé. |

(El mapa n.º 84 completa las indicaciones del presente).

Cualquiera que sea el origen del nombre, es indudable que las leyendas y las plegarias de los Semitas se dirigen hacia el Norte como patria de los abuelos. El mito que en todo tiempo excitó más las imaginaciones, el del Paraíso, presenta también el mismo sentido para los que estudian su génesis primitivo. Naturalmente, la multitud de los comentadores, á quienes una palabra, un signo, interpretado conforme

¹ Genesis, Bohlen, Fr. Lenormant, etc.

al deseo del exégeta, basta á veces para deducir toda una teoría, se ha acogido á esta leyenda del Paraíso para explicarla de mil maneras diferentes. El mapa de Asia representa el sitio del jardín paradisiaco en los más diferentes lugares, sea para satisfacer alguna vanidad nacional, sea para acomodarse más fácilmente á ciertas concepciones históricas ó religiosas.

Hasta se ha supuesto que el polo Norte pudiera ser el verdadero lugar del famoso jardín: siendo la región de los hielos la que se enfrió antes que todas las otras, debió de ser necesariamente, según el inglés E. S. Martín, la residencia de nuestros primeros padres. Mas, sin ir á buscar el paraíso tan lejos de las campiñas de la Mesopotamia, no es menos cierto que las tradiciones míticas mencionan una «montaña del septentrion», mansión del señor de las luces, del padre de los genios celestes, manantial de las aguas, eje sobre el cual giran los cielos.

Los templos piramidales de Caldea y de las otras comarcas «potámicas» habían tomado por modelo el «alto lugar» por excelencia, es decir, la montaña sagrada del Norte, y, como ella, tenían la pretensión de elevarse hasta el cielo sobre las nubes. Al principio, cuando la leyenda tomó cuerpo, la montaña era ciertamente un pico bien conocido, una punta venerada, una personalidad terrestre, sagrada entre todas; pero alejándose de la cima protectora que habían visto erigirse sobre su cuna, los pueblos olvidaron su sitio, y en sus viajes de emigración, transfirieron sucesivamente su adoración de cima en cima. Habiendo desaparecido de su horizonte y aun de su recuerdo los países lejanos, se vieron obligados á situar en sus contornos el sitio de su adoración, y aun á crearle completamente por su constante trabajo. El Demavend, el Elvend ó cualquier otro monte del oriente iranio fué en un principio el «Padre de las comarcas». ¿Y de qué cumbre habla el profeta Isaías¹ glorificando el «trono de la asamblea que se eleva sobre las estrellas del Dios Fuerte hacia el Septentrion?» Quizá del Ararat ó del Cáucaso, poco importa, porque la superficie de la Tierra está erizada de montes sagrados, y hasta en las extensas llanuras se construyen cimas artificiales. Es, pues, una tentativa vana la pretensión de identificar tal ó cual montaña como habiendo sido el templo de todas las naciones á la vez, ó hasta el de un solo pueblo como los Caldeos ó los Judíos.

¹ Cap. XIV, vers. 13.

Así las pirámides escalonadas, y lo que de traducción en traducción, y de cambio en equivocación, ha llegado á ser, en la historia de las visiones antiguas, la famosa «escala de Jacob», no eran otra cosa, en la forma primera de la leyenda, sino montañas artificiales, tramos de pisos en gradación por donde subían los ángeles llevando su adoración á los dioses. Esos montes, contruídos por los hombres, eran otros tantos símbolos de la divina cumbre; pirámides de las siete puertas, consagradas á los siete planetas. Y los «jardines suspendidos» de los reyes babilónicos ¿no eran también paraísos artificiales, que se sobreponían en terraplenes á grandes alturas sobre pisos abovedados que recibían aguas abundantes elevadas por poderosas máquinas hidráulicas? Ese curso de las aguas simbolizaba los ríos sagrados nacidos sobre las altas cumbres de los montes¹.

Por lo demás, parece probable que los reyes babilónicos aprovecharan la veneración del pueblo hacia los templos escalonados para hacerse enterrar en ellos, lo mismo que sus colegas de Egipto se hacían enterrar en las Pirámides².

El término persa «paraíso», de origen probablemente reciente, á lo más de unos cuatro mil años, no se aplicaba primeramente más que á los parques de caza, «pairi-daiza», sitio cercado de paredes, y no se refería en manera alguna á sitios de felicidad perfecta tales como se les concibe en el sentido actual de la palabra; sin embargo, esos bosques reservados de los reyes persas, situados en las cercanías del Elvend ó de otro monte grandioso, serían agradabilísimos por la pureza del aire, la frescura de las aguas, la esplendidez de la vegetación y la abundancia de la caza, toda vez que ese nombre de «paraíso» ha llegado, en nuestras lenguas occidentales, á ser sinónimo de «jardín delicioso», y hasta de «beatitud eterna»; no obstante, entre los Iranios, conservó siempre significación profana: la palabra destinada á expresar el lugar místico de felicidad pura es *vara*³, análoga á la de «Edén», empleada en los libros sagrados de los Hebreos, con la significación de «lugar de la alegría» ó de la «voluptuosidad».

Todos los paraísos hubieron de tener para el hombre, además de

¹ Oppert, *Expédition en Mésopotamie*, t. III, ps. 56 y siguientes; Ch. y F. Lenormant.

² Alfred Jeremías, *Hölle und Paradies bei den Babyloniern*.

³ Dillman, C. de Harlez, Fr. Lenormant, *Les Origines de l'Histoire*, ps. 64 y siguientes.

su belleza propia, un elemento que les embelleciese al infinito, el de un recuerdo de dolorosas penas. Los que les nombraban recordaban haberse visto forzados á abandonarles huyendo de alguna invasión de bandas enemigas, de algún diluvio ó de temblores de tierra: veían paraísos en aquellos lugares, sobre todo porque eran perdidos; pero la esperanza se mezcla de diversos modos á las amarguras del pasado, y en todos tiempos hubo también paraísos del deseo, «tierras de promisión». Los antepasados habían sido dichosos, ¿por qué no habrían de serlo igualmente sus descendientes? Allá arriba, sobre las montañas blancas ó vaporosas; ó más lejos aún, al otro lado del horizonte, hacia aquellas misteriosas regiones donde sale el sol; ó en dirección de aquellos otros lugares donde el astro se ponía en la púrpura de las nubes; ó quizá en los espacios desconocidos adonde se dirigían las aves en sus largas emigraciones, ¿no encontraría acaso la humanidad el país de sus ensueños, el lugar sagrado donde no habría de sufrir hambre ni sed, cansancio, servidumbre ni muerte?

Cada raza, cada pueblo, cada tribu tuvo también sus paraísos, y la historia geográfica nos los muestra á centenares, brillando como



ADÁN Y EVA

De un bajo-relieve recogido por G. Smith y reproducido por Delitzsch.

clavos de oro sobre la circunferencia del planeta, desde las montañas del Nippon hasta la ciudad de los Césares, en los valles de la Patagonia septentrional. Hasta puede preguntarse si entre las grandes cimas de penoso acceso se hallará una sola que no haya sido considerada como un «paraíso», como un «Olimpo», por los pueblos que las contemplaban desde su base. Los «Montes Celestes» ó Thian-Chan, al este del Irán, toman su nombre de la suposición ó de la creencia que en ellos existe un mundo superior, y ¡cuántos otros macizos ó picos aislados deben nombres análogos á un sentimiento de la misma índole! Tal es el Mustagh-ata, aquel grandioso monte de 7500 metros de altura que Sven-Hedin trató en vano de escalar por cuatro veces hasta la cima: dicese que allá arriba existe un valle delicioso, donde serpentea un río bajo árboles frondosos, que

llena un lago cuyas aguas jamás agitan las tempestades; blancos camellos pacen el espeso césped, y bellos ancianos de lengua barba vestidos de blanco conversan á la sombra de frutales cargados de frutas. Desde hace miles de siglos, una ciudad, Janaidar, habitada por

N.º 84. Algunas montañas sagradas y valles paradisiacos en la Eurasia.



1: 100 000 000

0 1000 3000 6000 Kil.

- | | |
|--|---|
| 1. Atlas y Hespérides de Mauritania. | 14. Hermón, monte sagrado. |
| 2. Hespérides del Betis. | 15. Horeb, » » |
| 3. Canigó; pico de Brigue, montes sagrados. | 16. Sinaí, » » |
| 4. Paradiso, monte sagrado. | 17. Amenti, (mansión de los muertos) y Hespérides de Cirenaica. |
| 5. Mont Rose, valle paradisiaco. | 18. Kazbeck, monte sagrado. |
| 6. Sierck, colina del Arca. | 19. Ararat, » » |
| 7. Brocken, monte del Arca. | 20. Savalan, » » |
| 8. Olimpo de Tesalia, mansión de los dioses. | 21. Sehend, » » |
| 9. Athos, monte sagrado. | 22. Elvend, » » |
| 10. Ida, » » | 23. Demavend, » » |
| 11. Olimpo de Bitinia, monte sagrado. | 24. Baja Caldea, paraíso terrenal. |
| 12. Argeo, monte sagrado. | 25. Valle paradisiaco de Khorassan. |
| 13. Siria baja, valle paradisiaco. | 26. Tagharma ó Mustagh-ata. |
| | 27. Sulaiman-dagh, montes sagrados. |

inmortales, siempre dichosos y sonrientes, refleja sus edificios en el agua pura. Una leyenda casi idéntica se cuenta en el Valais sobre el valle perdido que algunos buscan todavía en el macizo del monte Rose¹.

¹ Javelle, *Souvenirs d'un Alpiniste*.